

tanos. A poco, siente como si tuviera fuertemente atados los hombros y tirasen endiabladamente desde el centro de la tierra. Su cerebro comienza a nublarse y ya no cree usted ni aún en las pagas extraordinarias.

Perdió, pues, la fe en este mundo. Y no tarda mucho tiempo sin que se tenga que acostar aquejado de tan fuertes y generales dolores musculares que no parece sino que le ha cogido un Pablo Romero de los antiguos con barba y todo.

—A ver, Ceferina,—se oye decir a la consorte—; vete a llamar al señor Eustaquio el practicante.

Y el señor Eustaquio, que por algo ha nacido en Embajadores, ante los aspavientos de la esposa no puede menos de explotar:

—Pero, señora, si esto no tiene importancia. Si esto es la coreana sin complicaciones.

Es precisamente en este punto cuando, descubriendo el amoscamiento de la señora, no sabemos desentrañar el verdadero significado de la mirada centelleante que dirige a su esposo quien, por su parte, sumido ya en la penumbra del delirio febril, se halla bien lejos del área de las bromas.

Una caja de inyecciones que no resuelve nada. Lo único que se vislumbra cada vez más claro es la ruina que te están buscando entre el médico y el farmacéutico actuando, como un vulgar puntillero, el bueno del practicante. En seguida, una tos seca, persistente, verdaderamente criminal. Cuando viene el acceso, la pobre señora a quien se le va pasando el resentimiento acerca de la confianza del practicante sobre la coreana, se acerca a su esposo, lo incorpora, le da golpes en la espalda, algunas veces con arranques de venganza, y le advierte que si sigue tosiendo así va a tener que entrar en el dormitorio con un paraguas abierto.

Una caja de pastillas. Otra. Un frasco de jarabe. Otro. Una caja de píldoras. Otra. Y, por fin, nos levantamos al cabo de cincuenta y tres días porque había llegado, sin duda, el término de morir o curarse.

Las últimas inyecciones, juntamente con las postreras píldoras o pastillas, han hecho el milagro de devolvernos la salud. Las demás cosas que hemos tomado no sirven para nada. Todas al diantre. Así se explica que cada convaleciente proclame campeón a un distinto fármaco.

Lástima es, en verdad, que esta alegría de volver a la vida, aunque haya sido a gatas, nos la venga a enturbiar la farmacia con los terribles números de su prosaica factura.

¡Qué vida ésta, señores!

MARIANO E. CARDENAL



Elegía de las Canas

Con flecos de armiño me avisan las sienas
que corre mi vida. Con albas en flor
que llueven un llanto de gracia perdida
me anuncia mi tarde la fuga del sol...

Repaso el paisaje de mis dimensiones
y aun hallo en sus ramas la nueva ilusión
que enlaza los sueños con trinos y llamas.
¡Burlemos los humos que acusa el dolor!

Mi planta, segura, no pesa en la tierra,
la muele, la azota; y es ágil mi voz
ardiente de sangre, que bota y rebota
y enciende el espacio con mi corazón.

Mas ¡ay! estas canas ¿son lluvia o rocío?
¿Son nata o espuma, ceniza o hervor
de un hondo venero?... ¿Penachos de bruma
para nuestras alas del último adiós?

¿Serán de las penas el llanto escondido,
o de los errores el mudo clamor
que inicia en las sienas un puente de flores
por donde nos llene de luz el dolor?..

¿Tal vez esquilillas del campanilleo
invasor, rotundo, que vendrá veloz
poniéndonos blancos para irnos del mundo
y luego alumbrarnos la senda de Dios?

Por ver sus raíces me miro en la fuente
serena del alma, y, ¡oh, desilusión!,
mis años se curvan como una gran palma,
y aun no he conseguido llenarlos de amor!

MANUEL DELGADO FERNANDEZ